

EL APOLOGISTA UNIVERSAL,

NUMERO X.

*Le grave Philosophe est par tout révéré:
Souvent même à la Cour il se voit honoré.
Son credit peut nous perdre, et sa haine y
conspire.*

*¿Que peuvent contre nous leurs traits inju-
rieux.*

Il falloit nous porter des coups plus sérieux.
Racine, La Relig. Cant. 4. v. 341.

Enteramente se halla respetado
El Filósofo grave; y su alta ciencia
Hasta en la Corte logra preeminencia:
Su credito y honor tan encumbrado
Perdernos puede; y su enconada ira
A nuestra destrucción allí conspira.

*¿Mas qué nos puede hacer su ardor contrario?
Un golpe superior es necesario.*

NO espero que os escandaliceis, Clientes
mios, si por ventura habéis visto en la Ga-
zeta, ó en algun Cartel, que vuestro infati-
gable Patrono va á hacer hoy la Apologia

K

de

de los Sabios, como si vosotros que ya lo sois, y consumados, no fueseis suficientes para defenderos de todo el mundo, y mas si os valeis como hasta aqui de los Cánones que para ello os tengo comunicados. Tampoco creais, que esté yo poco satisfecho de vuestra exáctitud y zelo en observarlos con la escrupulosidad mas religiosa; antes bien (permitidme explicar mi complacencia en obsequio de la verdad) puedo con razon lisonjearme de que no habrá Maestro en toda España, que en tan corto tiempo pueda presentar al público tantos y tan aventajados discipulos, cuyo aprovechamiento sea tan notório y tan palpable, que hasta los mismos Ciegos (1) le conozcan, le apostillen y le noten. ¡Ah! yo se muy bien toda la extension de vuestro mérito, y no dudo que, con exponerle brevemente, hiciera de vosotros la mas completa Apologia. Vosotros habeis ilustrado á la Nacion con las mas doctas y eruditas producciones; el público está ya mas que suficientemente convencido de vuestras notorias prendas y talento; la España tiene bien impresas las glorias de que la ha llenado vuestro zelo, y las que nunca sabrá agradeceros dignamente: los extranjeros os de

(1) Vease en el Corteo de los Ciegos desde el n.º 33 al 38. la *Carta sobre Apologias*, y el *Aviso á los Escritores*.

deben tantas y tan exquisitas noticias, que podrán muy bien con ellas completar su famosa Encyclopædia; de suerte que hablando con la ingenuidad misma que acostumbro, qualquiera que tenga la menor noticia de vuestras apreciables obras, podrá creer desde luego que es inútil y perdido el trabajo, que se emplee en defenderos, quando no puede haber quien no os aplauda y os celebre.

Sin embargo, á fuer de Sabios, espero que convengais conmigo en que no lo sois vosotros solos, ni por consiguiente los únicos acreedores á mi proteccion apologetica, aunque hasta aqui la hayais merecido toda entera. Por una parte el santo tiempo en que estamos, y por otra ese diantre de *Censor* que nos anda ahora con sus pedimentos pensadores, os confieso que me han trahido á la memoria una de las obligaciones eseneiales de mi cargo, como Patrono y Abogado de vuestras causas literarias, y de la que vivia yo muy olvidado por no haber pensado en ella. Tengo entendido que todos los Letrados, ó Abogados, que es lo mismo para el caso, hacen en su recepcion un solemne juramento de defender graciosamente á los pobres desvalidos, que por serlo, no son menos acreedores á la caridad que á la justicia, y ésta práctica tan santa y tan loable, me hizo creer que debia, aun con abandono de otra causa en que estaba trabajando,

K 2

ha.

hacer muy luego la defensa de todos aquellos Sabios, que no por falta de caudal de luces y sublimes conocimientos, sino ó por un efecto de su natural modestia, ó por otras causas mas ocultas que yo no llego á penetrar, tienen la desgracia de que ó se sepulquen en el olvido sus obras, ó que solo las lean manuscritas algunos pocos é ilustrados confidentes; y ya se ve, que habiendo puesto de su parte toda la diligencia posible para que no careciese el público de sus luces, no es culpa suya que un ayre contrario las apague; ni puedo yo como Apologista Universal, negarme justamente á su defensa. Pero aun hizo mas esta mania de quererme meter á *pensador*: estendió de tal suerte mis ideas que me representó con la mayor viveza que no debía llamarme *Universal*, no sabiendo todas las Ciencias, ó no siendo capaz de apologizar á todo Sabio que se le antojase tomar la pluma en qualquier asunto que fuese. No dejaba tampoco de ofrecerse me que para una empresa tan vasta necesitaba de un estómago de tanto buque por lo menos como el del Vizcaino de quien habla el *Diarista Pinciano* (1) so pena de exponerme á algu-

(1) Desde el dia 7 de Febrero de este año se publica todas las semanas en Valladolid una obra periodica, intitulada: *Diario Pinciano, literario, legal, politico y economico*.

guna mortal apoplexia. Di tambien en pensar lo indecoroso que me era la infame desercion que este año ha hecho de mi gremio aquel Autor que mereció ser el primero de mis Clientes; y aunque debo presumir que este mal exemplo no hará impresion alguna en la fidelidad inviolable que los demas me profesais, os mando que le tengais en adelante por indigno de mi proteccion y de vuestra compaña; que no le deis auxilio favor ó recomendacion, para que pueda ser otra vez reintegrado en su honor de Cliente; que le declareis y publiqueis excomulgado de vuestro gremio para escarmiento de todos, y desahogo de mi justa indignacion.

Ya iban á acabar conmigo todos estos sentimientos; quando quiso mi fortuna darme á conocer el principio de donde dimanaban, y el remedio que me habia de sanar de todos ellos. Deje de pensar por un rato, y ve aqui que de repente se deshacen todas

K 3 mis

mico, en la que se refiere, (n.º 4. pag. 50.) que en el Colegio de San Gabriel de dicha Ciudad hay un famulo Vizcayno que se atreve á comer de una vez, sin peligro de indigestion, ó apoplexia diez panecillos de Zaratán, seis libras de merluza, dos de salmon fresco, y postres correspondientes con medio cantaro de vino; y que si alguno quiere hacer la experiencia, acuda á la expresada casa.

mis dificultades y temores. Que importa, decia yo, que me haya abandonado un Cliente, si militan bajo mis vanderas una infinidad de Sabios, que es supuesto que lo son, y que exigen de justicia mi poderoso patrocinio? ¿Por qué no he de salir á la defensa de todos aquellos Doctos *sólidos y mazizos* que se ven despreciados malamente por quatro charlatanes críquillos? ¿Y dirán todavía que no debo llamarme *Universal*, habiendo hecho ya la Apologia de los Burros, y haciendola ahora de los Sabios? ¿Hay alguna Logica que enseñe divisiones mas exactas? Es constante que yo no sé todas las Ciencias, pero tambien es cierto y me dice la experiencia, que no es esto necesario para juzgar y decidir magistralmente sobre todas, con solo estudiar alguna con la formalidad que corresponde. Mis Sabios, lo confieso, son los unicos poseedores de este maravilloso secreto, que causa tanta embidia á los Críticos ignorantes; por eso declaman agriamente contra todos sus estudios, y no quisieran que tuviera España tan riquísimos tesoros. Ello es cierto, Sabios míos, que sino fuera por vosotros hubiera sido tal en estos tiempos el trastorno que habria padecido *nuestra Ciencia*, que ya no la conocerian nuestros mayores, y estaríamos al presente sumergidos en *esa maldita ignorancia* que se va esparciendo en la Península por no querer estudiar y saber como vosotros y seguir en

en un todo vuestros pasos. ¿Y no deberé yo justificar vuestra conducta, y hacer patente al mundo vuestro mérito?

Vosotros que desde la niñez habeis aprendido sin Maestro, sin arte y sin estudio mucha parte del idioma de la Patria: vosotros que como por juguete llegasteis á saber que hubo en otro tiempo hombres que hablaron otra lengua, y teneis particular noticia de muchas de sus voces por haberlas leído en algunos de sus libros, y que habeis formado de ellas otro género de language tan puro y tan sublime, que no os entenderia hoy el mismo Tulio; que con este auxilio teneis todo lo necesario para pasearos libremente por todo el reyno de las Ciencias, pudiendo decir con el Poeta narigudo:

Plus satis est linguas jam didicisse duas.

Vosotros que habeis empleado despues por el largo espacio de tres años todo vuestro talento y estudio en sondear los arcanos de la naturaleza con una aplicacion tan intensa á la filosofia de vuestros mayores, que no os permitia la menor distraccion á qualquiera otra facultad ó ciencia, y hubierais tenido por un crimen inexpriable el leer otros libros que los vuestros, y el no defenderlos aun á costa del honor y de la vida: vosotros que deslindareis en un momento todo el árbol genealogico del ilustre Caballero el Señor *Ente de razon*, de su padre el Señor *Ficto & imposibili*, de sus hermanas y cuñadas las Señoras

Segundas intenciones y prioridades de naturaleza; que habeis visto y registrado muy despacio los mas ocultos pliegues de la *Materia primera*, y de su suegra la *Privacion*, y que en fin, en virtud del aprovechamiento que habeis manifestado todos en esta maravillosa Ciencia, teneis y conservais de ella las certificaciones mas autenticas, á fin de que nadie os pueda impedir el paso por los vastos paises de la Jurisprudencia, de la Teologia ó Medicina, en las que os entraís á pie llano con el auxilio de aquella llave maestra de las ciencias, haciendo en ellas los rápidos progresos que se deben suponer de la instruccion con que ya llegais á profesarlas: que sabeis, por exemplo, disponer un Testamento á la Romana, para el que quiere hacerle en Aravaca; que hareis una anatomia silogistica de la misma Divina Esencia y atributos inefables; que matareis á un enfermo á lo Galenico, y os disculpareis de ello á lo Arabe; que::: ¿pero donde voy yo con querer dar noticia de toda vuestra ciencia? ¿Hay por ventura algun caso, algun pleito, alguna dificultad que no ceda á vuestra penetracion y agudeza, quando habeis empleado muchos años en aguzar vuestros ingenios? ¿No teneis el mérito de haber enseñado ó enseñar actualmente qualquiera de estas ciencias, para alegarle en derecho en las vacantes de Mitras, Prebendas, Catedras y Togas? ¿Y nos querran decir esos hombrecillos, á quienes vosotros habeis conocido tamañitos

ju-

jugando al trompo con sus iguales, que nada valen todas vuestras Ciencias y sutilísimos Discursos? ¡Llamarán inútil todavía el tiempo que habeis gastado en resolver esas inmensas obras que nos dexaron vuestros mayores?

Pues así sucede en nuestros tiempos infelices, Sabios míos. Así sucede en el día, y no hay lagrimas que basten á llorar el abandono y la desgracia en que vá á precipitarse nuestra España, desde que quatro mozalbetes lampiños se atreven á subirseos a las barbas, llamandoos preocupados é ignorantes, porque no quereis entrar en los estudios de moda, que ellos tanto nos ponderan, y que no sirven sino para hacerlos charlatanes y viciosos. ¡Oh si pudiera yo levantar aquí la voz y hacerme oír de quien pudiese corregir tanta insolencia! Y lo peor es que vá cundiendo de tal suerte este contagio, que solo vuestra constancia inalterable, será la que conserve entre nosotros la memoria de lo que fuimos en tiempos mas venturosos. Si no temiera escandalizaros gravemente, ó que la fuerza del dolor os hiciese rebentar de sentimiento, os haría brevemente una pintura lastimosa de la ignorancia, de los disparates, de la falta de método y solidéz, que esa caterva de bachilleres ha pensado introducir en nuestras Aulas. Solo si os diré algo de lo que con harto dolor mio, he podido observar en medio de la Corte que debiera ser el centro de las Ciencias, para
que

que por ello conozcáis, lo mucho que debéis esforzaros para arruinar y combatir tan perjudiciales novedades, declamando siempre contra ellas, aunque sea solo en secreto, para no perder alguno de aquellos muchos proselitos, que deben á vuestro zelo toda su ciencia y su fortuna. Y á la verdad, Sabios míos, yo no extrañaria que uno ú otro entre vosotros, por capricho ó por mania, se apartase del método recibido y practicado hasta el presente, porque en una Nacion entera no pueden faltar genios discolos y extravagantes, que no aprecien, como deben, la leche saludable que bebieron de sus hábiles Maestros, ni esto perjudica en realidad al concepto de sabio que justamente se merezca; pero lo que no se puede sufrir en paciencia es que se intente trastornar el orden y plan que adoptaron nuestros Padres, y se quiera introducir alguna novedad en los estudios públicos, que deben ser la norma de los demás, y para hablar como estos innovadores, el Termómetro infalible del estado de nuestras Ciencias; así como nadie dice que esté hoy rica la Inglaterra, sin embargo de que tiene algunos Lores y Comerciantes poderosos.

Hablando pues por casualidad hace algunos meses con un Oficial de Reales Guardias, sobre este particular, y lamentandome del atraso en que, segun decian algunos zelosos de nuestra gloria, se hallaban los es-

tu-

tudios de la Corte, el buen Señor, se me echó á reir á carcajada de mis quejas y lamentos; disimulé quanto pude, suponiendo que aquella burla en un Militar petimetre y muy peinado nacía de una grosera ignorancia en toda suerte de letras, pues ya se sabe, que un Militar quando mas podrá saber alguna relacion amorosa, ó quatro retazos de Comedias, para lucir entre las Damas. Con todo hizo tal empeño en persuadirme, que se ofreció á acompañarme aquellos dias á ciertos exámenes públicos que se hacian en S. Isidro el Real, para que yo mismo me desengañase por mis ojos. En efecto el dia siguiente, aun antes de la hora señalada yá estábamos los dos en aquella Real Casa: Entramos en un salon magnifico, que á primera vista me pareció cosa de Teatro, porque habia su tablado muy decente, y en él unos bastidores ó telones negros, que no pude por entonces adivinar para qué serían; pero en fin, despues de haber entrado un concurso numeroso de toda clase de sugetos, al son de una campanilla, que tocó el Magistrado que presidia la funcion, se presentó un gallardo joven, y cogiendo yo no sé qué cosa blanca, empezó á tirar sus lineas en el bastidor, de suerte que yo creí que iba á trazar algunos calzones ó casaca. Mas advertí luego que hacía numeros y ceros unos sobre otros, mezclando rayas entre ellos, y no

sa-

sabiendo yo lo qué significaban tantos números, quiso mi fortuna que se sentase á mi lado uno de mis Sabios, gran Filosofo y Teologo, y algo conocido mio; y con esta satisfaccion, le pregunté, qué venia á ser, ó para qué servía aquel entretenimiento, y me dixo: Esto es *Aritmetica*, y sirve para los Mercaderes y Tratantes y nada mas, y estos chicos serán hijos de Comerciantes, y por eso la estudian aquí: yo la aprendí en dos semanas por la Cartilla, y yá se me ha olvidado la mitad. Salió luego otro Señorito, y comenzó con la misma gerigonza, pero advertí que no escribía números, sino las primeras y las ultimas letras del A. B. C. y entre ellas unas rayas de muchos géneros, porque habia cruces, sostenidos y otras figuras que parecian cosa de conjuro; y como yo me quedaba en ayunas de todo, recurri á mi Oráculo y me respondió muy entero: ¡Ah! esa es la *Ginebra* que sirve para juegos de manos, para titeres y cubiletes, que yá vé Vm. que eso es propio de extrangeros que se vienen acá con sus tutilimundis. Si yo mandara::: ay, ay, le interrumpí: ¿Qué raíces son aquellas que dice? tiene allí algunas yerbas ó tomillos para esos juegos de manos? No Señor, me dixo, sino que por esas figuras conocen ellos las raíces venenosas y las saludables *mas ó menos*, conforme Vm. los oye. Bendita sea la madre que te pa-
rió,

rió, decía yo entre mi, envidiando la mucha ciencia de mi Sabio.

Salió luego otro muchacho con su compás en la mano á manera de Astrologo, y haciendo varios circulos y figuras en el telon, hablaba de *rayos*, *senos*, *ángulos*, *tropiezos*, *cuerdas*, y otros nombres tan estrambóticos que por no entenderlos tuve que preguntarlos á mi Sabio; este me dixo, que aquella ciencia era la *Symetria*, con la que se hacian altares, y se median las *cubas* y los caminos, &c. Pero que todo ello lo traía Moya en sus cuentas con otras mil curiosidades tan inútiles como aquellas. Acabóse en fin el exercicio, y mi Militar, que en todo él habia estado como absorto y sin hablarme palabra, me preguntó ¿qué me habia parecido? Malditamente, le respondí; esto ni es saber, ni es estudiar, segun lo que he visto, y me ha explicado aqui un hombre Sabio. Este, me dixo, será uno de esos muchos que dicen mal de todo lo que no entienden, ni lo han saludado en su vida; y eso de juzgar sin conocimiento, yá vé Vm.: ¿Cómo qué? le repliqué al instante: si me ha explicado aqui todas las figuras que han hecho de la *Ginebra* y de la *Symetria* con los usos á que sirven? Ojalá supiera yo otro tanto. Vendremos otro dia; me dixo sonriendose, y verá Vm. otros exercicios mas gustosos, y que los entienda mejor. Convengo en ello desde

de luego, y he de deber á Vm. que igualmente me acompañe.

Hicimoslo así á pocos dias, y me quedé absorto al ver lo que no podreis creer, Sabios míos, y lo que seria capáz de escandalizar á toda Italia, al ver digo entrar en aquel circo respetable una Señorita joven, aunque de singular modestia y compostura, y tomar asiento en lugar muy distinguido entre los que al parecer eran los Exâminadores y Maestros. ¡Oh Romanos, exclamó entonces uno de mis Clientes, qué diriais de nosotros, quando no permitiais á vuestras Matronas la entrada en el Senado! Dixome entonces mi Oficial, que no lo extrañase, pues al dia siguiente debía concurrir tambien otra Señora extranquera: Yá no lo admiro, respondi; si las nuestras las dan tal exemplo, ¿qué mucho que lo imiten las extrañas? Bien decia yo que todo ello iba perdido; pero en fin, veremos en qué pára esta maniobra.

Presentóse un Señorito, que parecia la misma lindeza y comenzó á relatar una oracion latina que el mismo habia compuesto, segun me dixo mi amigo; pero en un latin tan rancio y tan añejo, como allá por los años de Christo; yo no le oí una palabra de aquellas finas, cultas y sonoras de nuestras Aulas, que pudiese acreditar su invencion y travesura de ingenio en la latinidad. Yá quiso Dios que acabase su Oracion, y quando

do yo esperaba qua le examinasen por las Platiquillas de Lara, ó las de Aurelio, veo que sin mas, ni mas comienza á leer en Castellano por un tal Tito Livio que le señaló para ello la buena Señorita. Estaba junto á mi uno de mis Sabios, á quien causó no poca novedad la expedicion con que leía, y dijo: Vaya, que para el tiempo que tiene el Señorito no traduce mal el francés. ¿Saben Vms. si ha estado en algun Colegio de Francia? Que Francia, ni que alforjas, respondió mi Militar con unos humos, como quien tiene al Rey en el cuerpo. No es menester ir fuera del Reyno para saber estas cosas, como se quiera estudiar, y se dé á los jovenes la educacion que corresponde. Este ilustre Duquecito ha cursado estos Estudios, y en ellos ha aprendido todo eso y mucho mas, que aun Vms. no han visto: aqui ha estudiado la Gramatica, la Retorica, la Poetica, la:: Pues qué, dije luego á mi Oficial, ¿van en Madrid los Duques al Estudio, como los chicos de mi Lugar? Pues para aprender á firmar, que es lo único que necesita un Señor, por lo que pueda ocurrir, ¿no era mejor tener en su casa un par de Tunos pobres por Ayos del Señorito? Y en caso de que quisiese saber algo de Gramatica, por ser el segundo ó tercero de la casa, ¿ha de ganar la vida á predicar, ó á hacer coplas como Poeta mendicante para venderlas á los Ciegos? Apostaré yo desde luego á que
no

no sabe todavía nombrar una por una, y des-
lindar la casta de las mulas y caballos de su
servidumbre, y á que no sabe llamar á los
cijados, sino por su nombre de bautismo: á
qué no ha aprendido de boca de una Actriz al-
guna Tirana de las que se cantan en los Co-
liseos de esta Corte. Esto era lo que debia sa-
ber por si el dia de mañana se le confiase una
Embaxada extraordinaria, ó el mando de un
Exército, pero esas historias de los Romanos,
que ya no viven en el mundo, esas novelas
de los Poetas mas viejos, ¿de qué pueden ser-
vir á un Personage? ¡Valgame Dios, y cuánto
hemos degenerado de la gravedad Espa-
ñola!

Nada quiso responderme mi amigo, acaso porque le hicieron fuerza mis razones: solo me dixo que atendiese como hacian lo mismo otros varios jóvenes; pero yo sin esperar mas razones tomé la puerta, sentido de haber perdido aquel tiempo, y llorando amargamente la ignorancia en que nos vamos á ver sin remedio, si dexamos estender tan perjudiciales principios. Lloradla tambien vosotros, Sabios míos, que no tengo alientos por ahora para proseguir la narracion de tantos males: pedid á Apolo me los comunique, y os diré en mi segunda parte otras lastimas mayores, y el único modo que me ocurre para remedarlas.